



### **DAILA PRADO: “LA CICATRIZ.”**

Ediciones B. Bs. As. 2008.

Por Marisa Moyano

*“¿quién no se detiene con ánimo de reverencia frente a esa costura invisible: la frontera?”*  
Daila Prado

Noé Jitrik solía recordarnos los vicios academicistas de nuestras lecturas, cuando señalaba –precisamente- que hay prólogos y prólogos y de lo que se trata en una introducción a un texto es de iluminar focos, abrir perspectivas, hurgar sentidos nuevos, pero que siempre constituyan “una lectura”, y que para cumplir funciones productivas nunca una lectura crítica debe obturar otras lecturas: esto sería cerrar sentidos, cancelar otras voces, parapetar el texto en una línea definitiva, cuajarlo en la hegemonía o la subalternidad.

Pensamos esto ante “La Cicatriz” porque de novela histórica hablamos, y cuando la literatura se mete en los vericuetos de la memoria y de la historia –más aún de las voces y perspectivas de la historia de la patria en un país transido históricamente en sus relatos por civilizados y bárbaros, vencedores y vencidos- se hace insoslayable volver a leer, y siempre leer, el poder: el poder político, pero también el poder de la palabra, el poder de las lecturas, el poder de las luchas instituyentes y las configuraciones culturales. Porque en este caso hablamos de la “primera novela” de la escrita por Daila Prado en Río Cuarto, que se publica en Buenos Aires, cuando grandes editoriales de la capital a veces no sólo desconocen el interior y sus letras sino que además se dan hasta el lujo de decir que “no publican primeras novelas” de nadie. Pero dejemos esa historia y hablemos de literatura, que eso es “La Cicatriz”

Confieso que la novela me cautivó, y ello no sólo por una predilección específica que tengo por los temas del siglo XIX, por la literatura de frontera, por los relatos de “tierra adentro” y el “gran relato” de la conquista del desierto. Me cautivó como novela, así, sin más, me cautivó su estructura, su argamasa de palabra y belleza.

En suma, como modo de “ser y hacer literatura”, realidad ante la que el Lector trasciende, se subyuga, tributa su sentir y se entrega a una historia para salir transformado. Realidad ésta que hace que quienes somos sólo lectores y no escritores, no paremos de preguntarnos cómo hizo para contar esto, cómo se narra una historia... mucho más cuando hablamos de una novela íntimamente entrelazada con el discurso de la historia, a partir de la construcción de este Baigorria mito, antihéroe subalterno de la gran historia, enfrentado a la pregunta o el dilema de su existencia: sobrevivir, más allá de indios, patria, amores, iras, violencia y dolor. Porque hablando de fronteras, ésta es su frontera: sobrevivirla.

Jacques Derridá señala que *"Todos los Estados-naciones nacen y se fundan en la violencia"* porque no se puede justificar la fundación de algo en nombre de lo que funda y que en ese gesto performativo siempre subyace un acto de violencia<sup>1</sup>; y de esa violencia da cuenta “La cicatriz”, en su argamasa discursiva de historia y de ficción, construyendo la visión de un personaje de la historia para repensar los avatares de la lucha, el poder y la violencia en la construcción de la nación. Porque ¿qué es la frontera sino una cicatriz, la marca de una herida, la señal hecha carne de una violencia, la violencia que organizó la nación?

Y aquí entramos de lleno en el centro de la novela histórica de nuevo, porque valga la repetición -que a veces no daña- la novela histórica no viene a enseñarnos cómo fue el pasado sino que viene a decirnos algo a nuestro presente, a interrogarnos en el aquí y ahora y no sólo a intersectarse en las disputas político-discursivas por la interpretación del pasado. Por eso las preguntas son muchas: cómo, qué rostros fueron modulando la configuración de la Patria en los violentos años de su nacimiento, en los avatares de la configuración de la Nación, como momento que supuso siempre una lucha de fronteras para separar “los otros” de un “nosotros”, quiénes debían formar parte de la patria y quiénes no, porque como lo piensa Rocamora en la novela *“así es la posteridad, desmemoriada”*. Pero la pregunta principal sigue siendo: ¿Qué viene a decirnos “La Cicatriz” en este presente, dos siglos transcurridos, discursos identitarios, violencia simbólica y poder mediante?

Suspendamos momentáneamente las preguntas, las cavilaciones y las respuestas y volvamos a la argamasa de la novela.

Podríamos articular la lectura de “La Cicatriz” a partir de un núcleo semántico presente en el texto, que se resume precisamente en la sentencia del narrador que da forma al pensamiento de Manuel Baigorria:

*“No hay historia oral ni escrita, para ese avatar que ahora se le viene encima como un oleaje, como las desatadas olas de un mar que no conoce, aunque le gustaría: ¿Quién es él: ¿blanco o indio?”* (Pág. 252).

Así, la novela teje y desteje los avatares de una vida ceñida por la ira y la violencia desatada en el proceso dilemático de la lucha por imponer dos proyectos de país. Ira y violencia que se entrelazan en la frontera de dos mundos culturales trabados en el ir y el venir de la Nación obturada entre el pendular dialéctico de la civilización a la barbarie y de ésta a la civilización. Es el Manuel Baigorria de Daila el que la transita y lleva en el cuerpo como insignia/estigma las marcas de la violencia de ese avatar

---

<sup>1</sup> *"Creo irrecusable esa verdad. Incluso sin exhibir, en relación a esto, espectáculos atroces basta subrayar una ley de estructura: el momento de fundación, el momento institutor es anterior a la ley o a la legitimidad que él instaura. Por consiguiente, está 'fuera de la ley', y por eso mismo, es violento".* (En: DERRIDÁ, J. (1989): "Firma, acontecimiento, contexto". En: *Márgenes de la filosofía*. Madrid. Cátedra.)

identitario de la nación y del suyo propio, a partir del uso de un juego de voces perspectivado que organiza la trama narrativa.

Mientras un yo, la voz de Manuel Baigorria, abre y cierra la novela, articulando dos momentos históricos claves en su vida/patria –desde el inicio de la lucha brutal entre unitarios y federales-, la voz de un narrador en tercera persona, en estilo indirecto libre, narra y actúa distribuyendo el universo un dialogismo múltiple, que permite la emergencia de todos los personajes-vozes de la novela organizando un friso social complejo, coral.

La emergencia de esta estrategia discursiva fuerte, se complementa y articula con otra que –aunque imperceptible- es la que posibilita esa emergencia de las voces de todos sus personajes: el uso del tiempo, ya que ese narrador general instala su voz y narra en el presente de cada momento de los personajes, dando paso así a la cavilación evaluativa, a la pregunta que irrumpe, a la sentencia, al pensamiento no dicho pero sí confesado, al sentir en el lenguaje de la oralidad popular y la enunciación de la propia voz de cada uno de sus personajes, a las formas de pensar a la patria y sus fronteras, el paisito y su universo de relaciones en la maraña del poder histórico-social y la causas personales que mueven la patria y la frontera en la conciencia de sus actores, y hasta el amor.

Con ello, narrador, voces y tiempo rompen la linealidad tradicional instituyendo un modelo de ruptura en el modo de narrar. Pues si bien las voces y el dialogismo propiciado en la novela en muchas secuencias se articulan en un recurso más propio del teatro que de la narración, como escenas de información donde transita el dato, el contexto macro, el devenir de la Historia de la Patria, en realidad son las voces de sus personajes las que los develan como construcciones de ficción: es la voz de los personajes, la voz íntima de la conciencia pensante de Baigorria, la que lo construye y caracteriza desde la ficción allí donde el dato y el discurso de la historia callan, donde agotan sus respuestas para comprender una patria transida y armada por estas vidas.

Por eso “La Cicatriz” es marca indeleble de una fiera que se pregunta al revolverse en su violencia si es blanco o es indio, develando su frontera interior; pero cicatriz es también metáfora de una patria herida, frontera mal cosida en la violencia de su historia, sutura en carne viva de civilización y de barbarie. Y también “Cicatriz” es una forma de narrar que cose como se puede, dejando marcas, hilos y agujeros, los cueros de la historia y la ficción intentando comprender, hallar respuestas que expliquen esta Nación y su presente desde las metáforas de su pasado.

Por esto mismo –que no es poco en términos literarios- “La Cicatriz” como novela va más allá, ve más allá, en su factura constructiva y en el sentido de su historia que cierta línea facilista y marketinera de novela histórica: es novela escrita por mujer, pero no novela de mujer. Porque “La Cicatriz” atrapa, pero demanda y exige, previendo un lector sensible a la pregunta, a la disquisición, a la reflexión y la lectura de la Historia de este país en términos de tragedia y no de comedia, de conflicto, lucha y violencia y no de armonía, valor y sentimientos.

Y aquí volvemos, para intentar cerrar algunas preguntas abiertas que dejáramos demoradas más arriba, aunque más no sea con otras preguntas que la lectura de “La Cicatriz” deja en nuestra lectura personal como herida reabierto: ¿Qué viene a decirnos “La Cicatriz” en este presente?

La novela nos invita a mirar la sutura mal cosida de la violencia en los cueros del pasado, pero también, desde esas cicatrices del pasado, a que miremos desde el presente quiénes hicieron ese pasado y por qué fue como fue. Y aquí entra a tallar la ficción –el poder de la ficción- en la confección de una novela histórica que no se conforma con lo ya dicho por la Historia, sino que busca la voz de ese hacerse, porque

el Hombre es eso, su palabra... Y esto que decimos, transforma el sentido inicial de la pregunta de la contratapa de “La Cicatriz” (“¿Sabrá Manuel Baigorria gambetear las zancadillas de una vida entre salvajes? ¿Cuántos refugiados como él no sobrevivieron, víctimas de un indio que codició su chaqueta o de una mujer blanca?”), cita del capítulo 5 que una lectura ingenua podría interpretar como recurso folletinesco de ficción para leer la historia. Porque esa misma pregunta interrogada desde el presente podría transformarse desde el mismo núcleo de la violencia histórica: ¿Sabremos, lograremos sobrevivir a esta lucha, hoy, hombres y mujeres, pueblo y antipueblo, frontera y violencia ante la que se debaten el presente y el futuro de la Nación? Porque, no lo perdamos de vista: han vuelto los mitos de la tierra para pensar la argentinidad e instituir el poder; y el pasado vuelve a decirse, a contarse, a enfrentarse como una frontera, como una herida sin sutura, como una cicatriz que repite las mismas preguntas de “La Cicatriz”.